

Gilly, Adolfo; Gutiérrez, Raquel; Roux, Rhina. **América Latina: mutación epocal y mundos de la vida.** *En publicación: Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales.* Basualdo, Eduardo M.; Arceo, Enrique. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Agosto 2006. ISBN: 987-1183-56-9

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/basua/C03Gilly.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

ADOLFO GILLY*
RAQUEL GUTIÉRREZ**
RHINA ROUX***

AMÉRICA LATINA: MUTACIÓN EPOCAL Y MUNDOS DE LA VIDA

UNO

Desde la insurrección de las comunidades indígenas de Chiapas, México, en enero de 1994 –encabezadas por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional–, que siguen controlando territorios y gobernando municipios autónomos, y en forma más generalizada a partir del año 2000, en diversos países de América Latina han aparecido movimientos sociales de resistencia e insubordinación amplios, diversos y radicales que disputan el orden neoliberal e impiden su estabilización.

Después del levantamiento zapatista y las consiguientes movilizaciones multitudinarias de apoyo a la lucha indígena en México, podemos mencionar entre los movimientos y levantamientos más impor-

* Historiador. Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. Su libro más reciente es *Historia a contrapelo—Una constelación*, 2006 (México: Ediciones Era).

** Matemática. Becaria de la Universidad Autónoma de Puebla, México. Su libro más reciente (en colaboración con Fabiola Escárzaga) es *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, 2005 (México: Juan Pablos-UACM-BUAP).

*** Politóloga. Profesora-investigadora de la UAM-Xochimilco, México. Su libro más reciente es *El Príncipe mexicano—Subalternidad, historia y Estado*, 2005 (México: Ediciones Era).

tantes la toma de Quito por comunarios quechuas a comienzos de 2000; la Guerra del Agua y la sucesión de levantamientos aymarás en Bolivia en 2000 y 2001; la posterior Guerra del Gas que culminó con la insurrección de octubre de 2003 que derribó al presidente Gonzalo Sánchez de Losada en ese país; la rebelión urbana y popular de diciembre de 2001 en Buenos Aires que tumbó tres presidentes sucesivos, antecedida por una intensa resistencia piquetera; así como los menos conocidos movimientos colectivos anti-privatización en Arequipa, Perú y en Asunción, Paraguay; y las persistentes invasiones y luchas por la tierra del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, que han tenido un eco en el movimiento similar en Bolivia.

Entre todos ellos, las movilizaciones ocurridas en México, Ecuador y Bolivia tienen ciertas particularidades comunes: las fuerzas movilizadas han sido principalmente, aunque no sólo, comunidades y pueblos indígenas, o sectores sociales con amplia base rural comunitaria; para sus acciones, los distintos pueblos indígenas y grupos sociales, anclados por lo general en territorios locales determinados, han formado organizaciones flexibles, con estructuras internas laxas, basadas principalmente en la autoridad moral de sus dirigentes tradicionales y sus voceros, así como en la producción de consensos colectivos sobre objetivos específicos; en algún momento de la movilización, los contingentes en lucha han presentado propuestas legislativas sobre importantes temas particulares de la problemática de cada país (ley indígena, ley de agua, ley de hidrocarburos, reglamentos conexos con estas últimas, etc.), cuyo rasgo común es la defensa de los recursos naturales como patrimonio común, tanto de la nación como de las comunidades, y el derecho primigenio de ambos a decidir sobre dicho patrimonio en sus respectivos ámbitos; es decir, la voluntad de combinar la soberanía nacional y la autonomía comunal o local como lugares complementarios e inseparables del derecho y el poder de decisión.

Una de las similitudes de estos movimientos, más allá de su compleja heterogeneidad, es que son acciones colectivas que expresan, ante todo, el rechazo radical multitudinario de aspectos puntuales de los proyectos neoliberales. Logran así impedir su estabilización y normalización bajo la forma de un nuevo orden legitimado y no disputado y, al menos temporalmente, impiden la implantación de determinadas medidas económicas y políticas.

Bajo la forma de movimientos populares y sociales, o de votaciones en elecciones republicanas normales, o de una combinación de ambos, la legitimidad del orden neoliberal ha sido puesta en cuestión en Argentina, Uruguay, Bolivia, Brasil, Ecuador, Colombia, México y otros países de la región, además del caso extremo de Venezuela, donde el gobierno de la república y su presidente Hugo Chávez están en conflicto abierto con ese orden.

En todos los casos ha aparecido en escena cierta capacidad social de veto a formas específicas de las disposiciones neoliberales de privatización de la riqueza pública o colectiva, bloqueando o dificultando los proyectos más agresivos de expansión del libre mercado.

En la última década, en cada una de las múltiples acciones de agregación social, movilización y resistencia contra algún aspecto de los planes gubernamentales considerado como moralmente inaceptable, se han vuelto a plantear ciertas cuestiones clásicas: cuál es la conformación del sujeto social que se moviliza y resiste (esto es, en términos marxistas, la pregunta acerca del carácter de clase de la movilización); cuáles son las formas de organización y articulación de tales conglomerados humanos para la acción colectiva; y cuáles son las proyecciones políticas de cada movimiento, sus límites y los alcances estratégicos de sus acciones prácticas.

De estas cuestiones, tal vez la más significativa a más largo plazo y la menos definida en el momento presente es la proyección, la configuración y la perspectiva política de estos movimientos y acciones en tanto germen posible de un ordenamiento social opuesto y contrario al orden neoliberal.

Dos razones habría para esta lentitud en la definición. Por un lado, la mayoría de los recientes movimientos sociales y populares latinoamericanos, tras realizar una serie de acciones de movilización e insubordinación que en cierto momento y cierto punto ponen en jaque, en estado de suspensión, el ejercicio del dominio general de las clases dirigentes, del Estado y de sus instituciones gobernantes –toma de Quito por los indígenas ecuatorianos en 2000, levantamiento urbano en Argentina en 2001, Guerra del Gas en Bolivia en 2003– se detienen o se interrumpen una vez alcanzados algunos de los principales objetivos que detonaron la acción de agregación colectiva; y los distintos conglomerados humanos cuya concurrencia en tiempo y espacio generó la situación de crisis vuelven a un estado de normalidad. Las energías y capacidades colectivas manifestadas en las acciones previas permanecen latentes, pero la dominación política restablecida no recupera la legitimidad y la hegemonía que detentaba anteriormente sobre las conciencias. La hegemonía de la dominación no desaparece, pero se adelgaza, se fragiliza, vive bajo amenaza, que llega incluso a manifestarse en el desborde de la criminalidad, la inseguridad, las conductas violentas y los tráfico ilegales vividos como nueva normalidad.

La definición política de este patrón de comportamiento de la insurgencia –llamemos provisionalmente así a este elemental esbozo de la trayectoria de la acción colectiva– es actualmente motivo de debate entre quienes sostienen que tales acciones carecen de una perspectiva política de fondo y quienes pensamos que existe en ellos un claro contenido político emancipador.

La otra razón de la dificultad para la valoración del significado político de tales movimientos, sus logros, sus perspectivas y sus límites, está en que, por otra parte, esta discusión tiene lugar en medio de una resaca heredada de términos vaciados de sentido, definiciones implícitas y expresiones que han perdido los significados antes atribuidos. Revolución, socialismo, izquierda, democracia, están hoy más que nunca entre tales conceptos hoy sujetos a usos múltiples y contradictorios según quién los emplea y para qué. Señalar esta trampa no es resolverla pero es, al menos, evitar que ella nos atrape y paralice. Escribió una vez Jean Paulhan: “Todo ha sido dicho. Sin duda. Si las palabras no hubieran cambiado de sentido; y el sentido de palabras”.

DOS

Si esto es así, la insurgencia práctica de comunidades y trabajadores exige al pensamiento crítico instrumentos teóricos para precisar la comprensión de acontecimientos a la vez intempestivos y previsibles, simultáneamente novedosos y con densidad histórica; y para vivirlos a través de la experiencia de cada uno y de todos.

Necesitamos un acercamiento laico, socialista y republicano a la realidad social y a sus conflictos en América Latina. Para ello el primero de aquellos instrumentos, aunque ciertamente no el único, es el marxismo concebido como una teoría de la explotación, la alienación, la revolución y la liberación; un marxismo que nada tiene que ver con ideologías varias de estados, partidos y otras formas institucionales similares.

Sin permiso de nadie más que de nosotros mismos –tal como hoy se realizan las sublevaciones y los levantamientos que recorren las tierras al occidente del Atlántico–, nos sumamos a la tarea de reflexionar sobre esta realidad, los interrogantes que presenta y los cambios que anuncia, con la esperanza de contribuir a apuntalar los esquejes más prometedores en la dirección de la emancipación social que van naciendo en esta geografía.

TRES

Nuestro esfuerzo se dirige a contribuir a comprender la historia, no desde arriba ni desde abajo, sino desde adentro. Hacemos nuestra por eso la formulación ya clásica de Edward P. Thompson: “A medida que algunos de los principales actores de la historia se alejan de nuestra atención –los políticos, los pensadores, los empresarios, los generales– avanza al proscenio un inmenso reparto de personajes secundarios, de quienes se había supuesto que eran meros figurantes en el proceso” (Thompson, 2000: 21).

La ubicación, en tal sentido, no es asunto menor. Es una elección que entreteje nuestro quehacer con el de muchas otras y otros que

hoy, desde múltiples flancos y a través de acciones diversas, definen una búsqueda de emancipación, de libertad, justicia y democracia. Es una búsqueda abierta, incierta, representada más por un abanico de posibilidades y en nada similar a la construcción de una gran explicación lógica que nos tranquilice con la seguridad de un destino necesario.

Tal acercamiento nos sitúa obligadamente, hoy, en tierras andinas y mesoamericanas, en la crítica radical de una estructura de la propiedad y de una relación de dominación profundamente conservadora y desigual, recompuesta en las últimas tres décadas. Nos coloca, asimismo, en la impugnación coherente y aguda de una acartonada forma política liberal electoral que se ha convertido en ajustado corsé de la exuberante ansia de participación política que florece en nuestras occidentales longitudes.

Partimos de una certeza: *no nos hemos equivocado de enemigo*. Pero quizá nos hemos confundido en el reconocimiento de la amplitud de sus maniobras y de la profundidad a la que llegan los hilos de su dominación. En tal sentido, estamos empeñados en impulsar la construcción de un *sentido común* de la resistencia y la oposición a las raíces mismas de esta dominación, que contribuya a crear marcos comunes para la comprensión de lo que ella ha hecho, hace y busca hacer de nosotros y de nuestras vidas. Por ello es útil comenzar, una vez más, señalando lo que entendemos por globalización neoliberal.

Cuando menos cuatro elementos abstractos nos permiten entender la lógica de esta contemporánea ofensiva general del capital contra el trabajo bajo todas sus formas, que toma el nombre de neoliberalismo:

1) Por un lado, el neoliberalismo es una ofensiva política y económica en toda la línea contra la población trabajadora urbana y rural de todos los países de América Latina. El neoliberalismo ha establecido una nueva forma de *uso de la fuerza de trabajo* basada en su más radical depreciación, en su empleo y extensión bajo modalidades anómalas e informales, en formas intensas y densas de explotación que combinan maneras que *parecían* ya superadas de elevación de la plusvalía absoluta, con nuevos mecanismos de elevación de la plusvalía relativa. El neoliberalismo se despliega en una sistemática y permanente pelea por imponer condiciones intolerables para el uso de la fuerza de trabajo y es, en este sentido, una continua acción de sometimiento de la capacidad de trabajo.

En tanto forma presente de la dominación del capital que trata de consolidarse como orden social y como lógica inmanente de la vida, el neoliberalismo encarna hoy en forma cumplida en nuevos y vastísimos territorios del planeta la definición clásica de Marx en *El Capital*: “La producción capitalista, que en esencia es produc-

ción de plusvalor, absorción de plustrabajo, produce por tanto, con la prolongación de la jornada laboral, no sólo la atrofia de la fuerza de trabajo, a la que despoja –en lo moral y en lo físico– de sus condiciones normales de desarrollo y actividad. Produce el agotamiento y muerte prematura de la fuerza de trabajo misma. Prolonga, durante un lapso, el tiempo de producción del obrero, reduciéndole la duración de la vida” (Marx, 1976: I, 1, 320).

Desde América Latina hasta China, Rusia, India, Asia y África enteras, esta es la descripción de la empresa en que está embarcada hoy la nueva dominación del capital sobre la fuerza de trabajo. Esta es también, desde el otro lado, la dimensión de las oposiciones con que esos mundos de la vida y sus múltiples experiencias están haciendo frente a tal empresa.

2) El neoliberalismo consiste también en una gigantesca acción de despojo, de acaparamiento, apropiación y monopolización de la riqueza social creada y acumulada por muchas generaciones. La ola de privatizaciones de empresas estratégicas de petróleo, energía eléctrica y agua anteriormente de propiedad pública, de la seguridad social y los fondos de pensiones, de la tierra y los servicios en todos los países de América Latina, con sus variantes locales de *capitalización*, *apertura de mercados* o directamente entrega al capital transnacional, es la forma en que el saqueo se ha llevado y se sigue llevando a cabo.

Los nuevos conocimientos científicos, subsumidos en la dominación del capital, permiten hoy una expansión fantástica hacia ámbitos antes no imaginables de tal despojo multiseccular: los códigos genéticos, la entera biósfera y, más allá, los espacios estelares.

3) El neoliberalismo ha ido de la mano con el desmantelamiento de las estructuras sociales que permitían la posibilidad de ejercicio de determinados derechos colectivos anteriormente reglamentados y habilitaban ciertas formas de participación política. Tales derechos protegían ciertos niveles de participación colectiva en el conjunto de la riqueza social y abrían posibilidades para distintos segmentos de la sociedad de influir en las políticas nacionales.

A través de un sistemático desgaste y desgarramiento del tejido social, el neoliberalismo ha buscado convertir a la sociedad en un conjunto controlable de ciudadanos aislados, manipulables e impotentes, concordantes con los planteamientos básicos de la democracia representativa liberal. Este proceso destructor ha corrido paralelo con innumerables esfuerzos de contención legal de la protesta, de limitación de los derechos de participación

política –por la vía de la supuesta representación partidaria de la sociedad– y de criminalización de la lucha social. A la regimentación ya insostenible por las dictaduras militares, cuya represión hizo la tierra arrasada para la entrada del orden neoliberal, han sucedido las leyes de seguridad y las reformas políticas que alejan a la política de la vida cotidiana, promulgadas en casi todos nuestros países en los últimos quince años.

El neoliberalismo, en resumen, combina una dinámica de reestructuración de las sociedades por el capital y una ofensiva política contra toda forma institucional, social o autónoma de las solidaridades entre humanos en esas sociedades.

4) El neoliberalismo, sus ideologías y sus instrumentos y medios de comunicación masiva encarnan además una voluntad dominante de adelgazamiento sistemático y, si es posible, de desvanecimiento de los vínculos y los niveles de solidaridad y de fraternidad entre los humanos en general y entre los oprimidos en especial. Es esta una empresa consciente y organizada. La catástrofe de Nueva Orleans ha mostrado la vastedad y los alcances de dicha empresa del orden neoliberal, y al mismo tiempo la imposibilidad última de su consolidación demostrada por la reacción rápida, organizada y solidaria de los más diversos sectores de la sociedad de Estados Unidos en apoyo de aquellos a quienes ese Estado neoliberal por excelencia abandonó.

CUATRO

La globalización ha sido, en todos estos sentidos, la expansión sin barreras nacionales, jurídicas, estatales o sociales, del reino del valor que se valoriza, del universo de la mercancía.

Esta expansión hoy se apoya en, cuando menos, cinco pilares: a) la flexibilidad laboral o reestructuración radical del uso de la fuerza de trabajo; b) la desregulación para una movilidad del capital sin límites nacionales ni controles sociales, que permite expandir sin confines la extracción de plusvalor y los ejércitos industriales de reserva; c) el desmantelamiento de todo lo que fue construido durante sucesivas generaciones como espacio y patrimonio común de la sociedad; d) el sistemático despojo de los bienes naturales comunes; e) la atomización en individuos aislados de las comunidades de la vida creadas a lo largo de la historia humana¹.

Se trata, como bien ha sido denominada, de una *utopía perversa*, por su capacidad de destrucción radical y, al mismo tiempo, por la

¹ En este escrito entendemos por *mundo de la vida* el mundo intersubjetivo de acciones dotadas de sentido en que los seres humanos viven e interpretan su existencia cada día.

imposibilidad final de su culminación en la sociedad humana universal que ella misma postula –y, en cierto modo, a la inversa, prepara.

Entretanto, esta nueva expansión de la dominación del capital extiende en superficie (en la geografía) y densifica en profundidad (en el tejido social de los mundos de la vida) la red de relaciones sociales capitalistas que envuelve al planeta entero. Rompió las barreras estatales, jurídicas y sociales, maduradas entre los sufrimientos de lo que se dio en llamar la Guerra de los Treinta Años del siglo XX (1914-1945), y afirmadas como uno de los resultados de ese período histórico y, sobre todo, de su secuela posterior de guerras y revoluciones sociales y coloniales.

Ahora retoma, con una capacidad científico-técnica incomparablemente superior, el curso de la expansión global del capital anterior a 1914. Desde la mitad de la década del setenta, entre 1971 (desamarrar del dólar y el oro) y 1975 (fin de la guerra de Vietnam), maduraron los recursos financieros, científicos y tecnológicos puestos al servicio del capital que, junto con los renovados recursos ideológicos, permiten este proceso y parecen volverlo necesario y, en apariencia, hasta racional. En los ámbitos de las ciencias sociales proliferan hoy las teorías que así lo explican, tan abundantes como efímeras. Se están abriendo en esos ámbitos, en contraste, nuevos espacios de libertad y de creación después del desplome catastrófico de las escuelas de pensamiento estatistas y de sus cristalizaciones institucionales.

En América Latina, en especial en el Sur, esta ofensiva del capital tomó la forma conocida del asalto de sucesivos golpes militares contra la organización, las libertades y las conquistas del trabajo (legislación social, fuerza sindical, control sobre el proceso de trabajo y organización política), y contra la forma de organización estatal de los sectores antes dominantes sustentada en aquella relación social de fuerzas y en su correlato en el mercado interno. Chile (1973), Uruguay (1975), Argentina (1976), Bolivia (1971, 1980), fueron países donde la represión de las dictaduras militares se concentró sobre todo en los trabajadores asalariados y en sus organizaciones, como ya había comenzado a suceder en Brasil desde la mitad de los años sesenta. Las represiones sangrientas de 1968 y 1971 en la ciudad de México y la represión rural permanente en todo el territorio de esta nación fueron otra forma específica para el desmantelamiento de estructuras protectoras precedentes.

Paralelamente, la ofensiva militar con la intervención directa del Departamento de Estado y del Pentágono fue la forma que tomó la imposición del control del capital cuestionado por las revoluciones en Centroamérica y el Caribe entre las décadas del sesenta y ochenta. Nunca pudo esta ofensiva acabar con Cuba, anomalía en la dominación y testimonio cercado de que otras posibilidades de organización social existen.

Como en toda la historia del capital, el complejo de procesos en que se recrea su expansión renovada adquiere una *forma política uni-*

ficada bajo la figura del poder imperial. Esta categoría se refiere no al dominio de un Estado sobre otros o a un poder desterritorializado y descentrado, sino al entramado institucional militar, jurídico y financiero en cuya cúspide se encuentra el Pentágono, y que garantiza a esta expansión un mando político unificado: BM, FMI, OMC, Grupo de los 8 y las estructuras de seguridad e inteligencia militar creadas en los últimos años².

Esta configuración imperial, encargada de garantizar política y militarmente la incorporación de territorios, la apropiación de plus-trabajo y el despojo de riquezas naturales, se anunció en la guerra del Golfo Pérsico (1991) y se reafirmó y extendió en las invasiones militares en Afganistán (2001) e Irak (2003).

Así, el proyecto de conformación de un mercado global autorregulado no es un producto del mercado mismo y de la desregulación, sino de la *violencia* de los grandes estados para abrir *sociedades y territorios* a la inversión y valorización del capital y continuar así el proceso multiseccular de cercamiento (despojo, desposesión) y de conversión en mercancía de las dos fuentes de la riqueza: la naturaleza y el trabajo humano.

La idea de completar esta transformación es, como decimos, una utopía perversa, pues implicaría destruir los soportes naturales de donde se nutre el capital como proceso. Así lo vio hace ahora un siglo Rosa Luxemburgo, cuando trazó el límite último del capital. Pero llegar al límite extremo de esa perversidad significaría, tal vez, sumir a la vida social en lo que Luxemburgo llamaba *barbarie*. Cerrar ese camino, negar ese permiso, es también el significado último de los empeños en que todos andamos: todos o ese ilimitado nosotros universal.

CINCO

La incorporación presente a ese proceso de las tierras y las poblaciones de Rusia, China, India y otros vastos territorios y sociedades le abre horizontes turbulentos y, por ahora, sin confines. Pero los mismos horizontes se abren para la resistencia y, con ella, para el trasvasamiento de la memoria y la experiencia humanas en nuevas formas de organiza-

² Es esta configuración imperial la que describía un miembro de la elite internacional, Zbigniew Brzezinski (consejero de seguridad nacional de EE.UU.) desde 1997: "La supremacía estadounidense ha producido un nuevo orden internacional que no sólo duplica sino que también institucionaliza en el exterior muchas de las características del propio sistema estadounidense. Sus características básicas incluyen: a) un sistema de seguridad colectiva que incluye mandos y fuerzas integrados; b) cooperación económica regional (APEC, TLC e instituciones especializadas de cooperación global: Banco Mundial, FMI, OMC); c) procedimientos que hacen hincapié en la toma de decisiones por consenso, aunque dominada por Estados Unidos; y d) una rudimentaria estructura constitucional y jurídica global" (Brzezinski, 1998: 37-38).

ción, de solidaridad y de fraternidad de las clases subalternas y de los mundos de la vida que ese proceso inhumano, en su existencia puramente *cósica*, tiende sin tregua a dismantelar.

Fundamos nuestra convicción en la tenaz persistencia de esos mundos que, a su vez, impregnan y moldean aquel proceso inhumano que los desborda y los inunda. Ellos no sólo resisten y se insubordinan: en el hacerlo, se transforman ellos mismos según sus modos y sus historias. Esos mundos, siempre presentes, actuantes y cambiantes aun cuando invisibles para quienes llevan los registros, irrumpen en los primeros planos cuando entran en crisis los modos de la dominación existente y sus formas institucionales.

Obediencia y rebeldía no son, en el alma de los seres humanos, disposiciones abstractas. La afirmación de la dignidad, del respeto a uno mismo y a los otros, que está en todo acto de insubordinación –sea bajo la forma abierta de la rebelión o bajo las formas ocultas de la resistencia– sólo puede expresarse, y no de otro modo, desde aquellos entramados simbólicos que conforman esos mundos de la vida en que las clases subalternas viven e interpretan el acontecer de cada día. Su politicidad se conforma históricamente desde la propia experiencia y en interacción con las dominaciones que resisten y a las cuales le imprimen también su forma. Sus ideas y su actividad política no se conforman en la proyección de sociedades futuras ni en la adopción de una conciencia que les es traída desde afuera, sino en su propia experiencia, politicidad y cultura.

A esta historicidad de la experiencia así entendida se refería Edward P. Thompson en su crítica del marxismo positivista: “en el campo de la ‘experiencia’ hemos sido llevados a reexaminar todos los densos, complejos y elaborados sistemas mediante los cuales la vida familiar y social es estructurada y la conciencia social encuentra realización y expresión: parentesco, costumbre, las reglas visibles y las invisibles de regulación social, hegemonía y acatamiento, formas simbólicas de dominación y de resistencia, fe religiosa e impulsos milenaristas, modos, leyes, instituciones e ideologías; todos ellos, en conjunto, abarcan la ‘genética’ del entero proceso social, agrupados todos, en un determinado punto, en la experiencia humana común, la cual, a su vez, en la forma de experiencias diferenciadas de *clase*, ejerce su presión sobre la suma” (Thompson, 1981: 262).

Si combinamos todos los factores antes enumerados, puestos frente a las tenaces, tercas, obstinadas y multiformes resistencias y oposiciones de la presente forma histórica del mundo contra la fuerza *cósica* del proceso expansivo del capital, es difícil alcanzar a imaginar el torbellino de violencia en cuyos tiempos iniciales parecemos encontrarnos. Pues la flexibilización, la desregulación, la privatización, el despojo y la atomización individual de las sociedades socavan todas las estruc-

turas jurídicas existentes, minan los derechos adquiridos, cuestionan en los hechos y en la conciencia el monopolio de la violencia legítima (o aceptada como tal) por el Estado nacional, convierten a este en el agente de una violencia vicaria, la del capital global y su mercado.

Esto a su vez conlleva mutaciones, unas paulatinas, otras intempestivas, en los sectores dominantes nacionales, tanto en su relación con el mundo como en su relación con sus clases subalternas. Trae consigo tanto un endurecimiento como una inestabilidad de una dominación que aún no alcanza a conocer o a descubrir sus nuevas reglas.

Vivimos hoy una mutación inconclusa en el modo de dominación, que no termina de encontrar su nueva forma. La presente reconfiguración estatal intenta sustituir la anterior legitimidad corporativa propia del llamado Estado de bienestar con una nueva legitimidad democrática electoral. Esta remodelación transita por la destrucción de identidades y formas de organización colectiva –como los grandes sindicatos industriales– y por la fragmentación e individualización de la vida social. En contraste con esa forma de Estado, recreado en patrones de organización y negociación colectiva, la nueva configuración estatal busca sostenerse en la difusión de la socialidad mercantil-capitalista y hacer del *valor de cambio* el nexo social dominante en la realidad y en los imaginarios.

El proceso, que significa una modificación en las formas de interacción social y en las subjetividades, supone, en el terreno del imaginario y la moralidad colectivas, el remplazo de los valores keynesianos de justicia distributiva, bienestar material y conciliación de intereses, por una nueva moralidad basada en la difusión del individualismo, la cultura del éxito personal y la internalización de una conducta competitiva basada en el rendimiento individual. El tránsito a esta nueva configuración estatal supone, por lo demás, la desarticulación de anteriores politicidades y socialidades y su sustitución por una politicidad de individuos aislados, segmentada y reducida a los espacios y los procesos electorales, cuyos contenidos y formas están dirigidos por la mercadotecnia y la publicidad.

La reconfiguración estatal que acompaña a la globalización intenta sustituir la legitimidad fundada en el reconocimiento de derechos y en su negociación colectiva por una nueva legitimidad electoral, fundada exclusivamente en las instituciones y procedimientos de la democracia liberal (parlamentos, elecciones y sistema de partidos que se alternan en el aparato gubernativo-administrativo del Estado). Y, sin embargo, el poder desregulado del capital financiero, que carcome a su paso las soberanías estatales y reduce el control estatal de las economías nacionales, produce un vaciamiento de esas mismas instituciones liberales.

Esta mutación inconclusa se traduce en muchos casos en una crisis de la forma existente de la dominación, uno de cuyos síntomas es

la descomposición de las instituciones y aparatos del Estado o el descrédito de los partidos y las elites políticas existentes. Puede conducir también a una crisis de la dominación misma, cuyo caso más evidente en América Latina es Bolivia.

SEIS

Si flexibilización, desregulación, privatización, despojo y atomización son los vectores de esta turbulenta reconfiguración del mundo, el proceso adquiere una forma específica en América Latina. Por su historia, por sus raíces, por su papel en la constitución histórica del mundo moderno y por el lugar que le es asignado en la nueva geografía del capital, esta expansión de los circuitos de valorización del valor adopta una forma precisa en los actuales procesos latinoamericanos y en las formas y contenidos de la resistencia e insubordinación de sus clases subalternas.

En los hechos, y de manera cada vez más descarnada, el proceso es vivido en tierras americanas como una reactualización, en el siglo XXI, de la invasión, la conquista y la colonización operadas en el siglo XVI, cuando la violenta incorporación en el proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista fue vivida por sus pueblos originarios como *catástrofe epocal*.

Es esta reactualización en el siglo XXI de los antiguos métodos de colonización del capital –con su cauda también secular de exclusión y subordinación racial– la que hoy aparece en América Latina como despojo y saqueo de recursos naturales (tierra, agua, petróleo, gas, minas, bosques, mares, costas); destrucción de mundos de la vida y socialidades comunitarias con raíces ancestrales y de las modernas socialidades solidarias formadas en los ámbitos del trabajo asalariado; arrasamiento de los mandos internos y reconversión de las economías nacionales en provincias tributarias del capital financiero global. Este proceso actúa en formas y niveles diversos, sea a través de la espiral infinita de la deuda externa, sea a través de mecanismos más sofisticados de apropiación financiera de plustrabajo y del fondo de acumulación social, y se traduce en la realidad en migraciones masivas, desarraigo, violencia vertical y horizontal, concentradas todas en los menos protegidos: mujeres ante todo, minorías, infancia, inválidos, enfermos, viejos.

Los territorios que hoy son México, las repúblicas centroamericanas, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia abarcan una zona geográfico-cultural constituida por las antiguas civilizaciones agrarias mesoamericana y andina. Tejidas en los tiempos largos de la historia, estas civilizaciones materiales –como las llamó Fernand Braudel– sobrevivieron a la violencia del proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista.

Resistiendo, rebelándose, adaptándose y adaptándola, los mundos de la vida indígena persistieron por debajo del despliegue de la for-

ma-valor implicado en la constitución histórica del mundo moderno, forma-valor que apareció, primero, bajo la forma temprana de la conquista y colonización europea de los territorios y pueblos amerindios; y continuó, después, en los diversos intentos de las elites liberales para organizar repúblicas imaginarias de ciudadanos abstractos y jurídicamente iguales, enmascarando, sin jamás borrarla, la frontera racial como matriz constitutiva de los lazos de dominación en estas tierras.

Del ciclo secular de resistencia y rebeliones indígenas (mayas, yaquis, zapotecas, purépechas, aymarás, quechuas, guaraníes, mapuches...) que recorre la historia de estas repúblicas desde los tiempos remotos del orden colonial, se desprende y explica la sobrevivencia de muy antiguas socialidades comunitarias y, junto con ellas, de formas de politicidad, representaciones colectivas y religiosidades ajenas –y opuestas– a la racionalidad abstracta del mercado capitalista.

Esos mundos de la vida suponen, entre otras muchas cosas, formas comunitarias y vecinales de entender y participar en política, nociones del bien público y del significado de la autoridad política ajenas al modelo liberal, así como un imaginario recreado en la idea de la conservación de los bienes naturales como patrimonio común y espacio sagrado de reproducción de la vida (la *madre tierra*).

Desde su incorporación en la monarquía española, primera y precursora organización imperial moderna, América Latina quedó constitutivamente subordinada dentro del mercado mundial capitalista. La transferencia de trabajo y su materialización en los metales preciosos fueron las formas tempranas que adoptó aquella subordinación. La matriz racial de la dominación instalada entonces no fue superada, sino más bien absorbida, reciclada y confirmada en las repúblicas criollas posteriores a las revoluciones de independencia. Persiste todavía en el imaginario no declarado de las clases dominantes que miran a la subalternidad como una determinación casi biológica.

SIETE

En América Latina, a diferencia de los estados imperiales europeos, los estados nacionales no se constituyeron en los albores de la modernidad sino en el mundo del siglo XIX, un mundo ya dominado por la forma-mercancía y la forma-dinero. Por ello la construcción de una comunidad nacional-estatal significó, en estas tierras, una violenta disputa por el establecimiento de la *soberanía*: un mando nacional indisputado adentro y reconocido por los poderes externos. La *debilidad* de las repúblicas latinoamericanas no proviene entonces de que se trate de sociedades premodernas sino, precisamente, de la forma específica y subordinada en que en estas tierras se constituyó el mundo moderno, y de las formas sucesivas de la conformación de un mercado mundial en

el siglo XVI, en el siglo XIX y en la llamada globalización de fines del siglo XX e inicios del XXI, en todas las cuales esa subordinación jerárquica originaria persistió.

Esa construcción de un poder estatal soberano tomó entonces en la mayoría de los países latinoamericanos un carácter no expansivo, sino *defensivo*. La revolución cubana fue la forma extrema que adoptó en tierras americanas este proceso defensivo de construcción de un Estado nacional soberano, como lo es hoy el proceso político-social conocido en Venezuela como *revolución bolivariana*.

La actual reestructuración del capital no sólo atraviesa la relación estatal. En su dimensión política, la expansión planetaria de los circuitos de valorización de valor transita también por una *reconfiguración geopolítica mundial* que redefine la inserción –o exclusión– de los estados en los procesos de incorporación territorial, apropiación de plustrabajo e intercambio mercantil que caracterizan al orden neoliberal.

Esta reorganización del espacio mundial borró el mapa geopolítico de la segunda posguerra (y sus respectivas formas doctrinarias: el discurso de la *Guerra Fría* y el discurso de *los dos campos*), alterando las formas estatales y sus relaciones internas.

La nueva geografía del capital supone una reordenación del espacio global que pasa, por un lado, por la recuperación de territorios donde los estados posrevolucionarios habían condicionado (pero no abolido) la operación de la ley del valor mediante la planificación estatal de la economía y el monopolio del comercio exterior (Rusia, China, Europa centro-oriental); pero también, por el otro, por una alteración de las formas estatales, simultáneamente condicionadas por la nueva movilidad mundial de los capitales, la desregulación financiera y los procesos a nivel regional de integración económica, homologación jurídica y control militar-policial.

Esta reorganización capitalista del espacio mundial, que conserva bajo nuevas formas la configuración internamente desigual y jerárquica que ha caracterizado a la comunidad mundial de estados desde su gestación en el siglo XVI, redefine el lugar, las jerarquías y el papel de las formas estatales y de sus relaciones internas.

En el caso latinoamericano, la integración subordinada en el proyecto hemisférico estadounidense también subordina en lo externo y carcome en lo interno atributos anteriores del Estado nacional.

El proyecto, cuyo objetivo estratégico es crear el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) como una zona continental de libre tránsito de mercancías y capitales desde Alaska hasta la Patagonia, contempló desde un inicio el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entre Canadá, EE.UU. y México –en vigor desde el 1º de enero de 1994, la misma fecha de la insurrección zapatista en Chiapas– tan sólo como un primer paso.

Ese proyecto contempla también la creación de una zona de seguridad hemisférica en la cual la doctrina de *seguridad nacional* –vigente en la segunda posguerra– es sustituida por la doctrina de *estabilidad nacional*. Esta supone, entre otras cosas, la transformación de las funciones de los ejércitos de los estados latinoamericanos, de instituciones encargadas de resguardar la soberanía estatal en fuerzas de control y represión internas, en meras guardias nacionales. Colombia es hoy el ejemplo más cabal de esta transformación, así como las dictaduras anteriores del Cono Sur fueron sus experiencias precursoras.

La inserción del espacio latinoamericano en el proyecto de seguridad hemisférico estadounidense también altera la función del Estado como monopolio de la violencia legítima, no porque desaparezca ese atributo estatal, sino porque la *decisión política* sobre ese uso ya no atiende exclusivamente a la relación de mando interior, sino también a los intereses de estabilidad política y seguridad regionales del Estado externo dominante, expresados en los Comandos Regionales que el Pentágono ha establecido para todo el continente.

OCHO

En este contexto continental y mundial en turbulenta reconformación, en América Latina las nuevas formas de resistencia e insubordinación contra la embestida del capital transitan hoy por la defensa de la *res publica* desde los ámbitos y las organizaciones de las clases subalternas. Desde allí, y no desde las clases propietarias y dominantes nacionales, surge y se articula la negativa a la confiscación privada y la conversión en mercancías de bienes y recursos naturales que son patrimonio público porque su uso y disfrute es, a la vez, un momento de reproducción de la vida humana y una de las condiciones materiales para la autosuficiencia de la comunidad política: agua, gas, petróleo, bosques, tierras, biodiversidad.

Los capitales nacionales, sus gobiernos y sus representaciones políticas –partidos e instituciones parlamentarias y jurídicas–, han debido abdicar de esa defensa, si alguna vez la asumieron, porque forman parte, férreamente subordinada por las finanzas y por la fuerza que a estas respalda, del mundo del capital global, del dominio de sus instituciones financieras y de la necesidad de sus pactos militares para sobrevivir. Hoy, su supuesta *violencia legítima* en tanto estados requiere el respaldo implícito o expreso –por ejemplo, Colombia– de la fuerza militar externa, no legítima sino *de facto*.

Aquella defensa, abdicada por las clases dominantes en el espacio estatal nacional, es asumida por los subalternos, ahora con sus propios *métodos y horizontes*.

Las nuevas formas de la resistencia y la insubordinación latinoamericana aparecen hoy en combinaciones inéditas: afirmación de

socialidades comunitarias, reconocimiento de identidades étnicas, conservación de recursos naturales como bienes públicos, defensa de la soberanía estatal, constitución efectiva de la ciudadanía, búsqueda de nuevas formas de solidaridad, fraternidad y organización del universo del trabajo asalariado formal e informal, nacional y transnacional. Se trata de construir desde la pura subalternidad, cuyas estructuras organizativas anteriores el neoliberalismo vació o desmanteló, desde un nuevo tejido organizativo, antiguo en la experiencia que hereda e inédito en las formas que tendrá que adoptar a partir de sus nuevas experiencias.

Estos reiterados eventos de insubordinación, ocurridos de manera intermitente pero constante en nuestros países, colocan en la mesa de discusión temas apremiantes que apuntan a la crítica de los fundamentos de un sistema de pensamiento moderno y liberal y de sus variados, aunque emparentados, diseños institucionales.

En esta mutación del poder estatal, los caudillos políticos nacionales –individuales como personas o colectivos como partidos– que antes decían o pretendían asumir la representación de la nación oprimida, hoy sufren rápidamente el apretón del puño de hierro de las instituciones financieras que los asfixian si no se pliegan. Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, México, Ecuador, Perú son otros tantos ejemplos de este estado de cosas.

La tierra en Brasil, Bolivia, Ecuador, Perú, Colombia y muchos otros países, los derechos sociales y los salarios en todas partes, la educación, el patrimonio natural y social, las libertades y los derechos iguales para todos, el racismo, los derechos indígenas, la soberanía, la defensa y el control sobre el ejercicio de la violencia legítima, la democracia, los sistemas de justicia, todas estas y otras que siguen siendo cuestiones vitales de la existencia de cada comunidad nacional, van quedando en manos de las capacidades de organización de las clases subalternas, tanto en el conjunto de la sociedad como en aquellos dominios que desde siempre han sido los terrenos de sus políticas e iniciativas autónomas. No son estas las únicas ni las exclusivas. Volverán a ser más y más, en lo que viene, las decisivas.

Desde estos modos y estos mundos, y *sin permiso* de nadie más que de nosotros mismos, queremos ubicar nuestras reflexiones sobre este tiempo dentro de los tiempos largos de la historia, sabiendo siempre que nuestras vidas y afanes transcurren en los tiempos cortos y que en ellos se trata, como decía nuestro peruano José Carlos Mariátegui, de no ambicionar más que lo que puede y debe ambicionar todo humano: cumplir bien nuestra jornada.

BIBLIOGRAFÍA

- Brzezinski, Zbigniew 1998 *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (Barcelona: Paidós).
- Marx, Karl 1976 *El Capital* (México: Siglo XXI).
- Thompson, Edward P. 1981 *Miseria de la teoría* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, Edward P. 2000 *Agenda para una historia radical* (Barcelona: Crítica).

